

las mismas gracias y estaríamos animados de los mismos sentimientos. Aunque la dureza de mi corazón me lo impida, á lo menos no dejaré de envidiar la condición de esos Benjamines de la providencia, que descansan tranquilos en los brazos del Señor y en el seno del amor y la misericordia y tienen á su disposición el torrente de las delicias que jamás hastian, sin poder ser separados de allí sino por su propia voluntad. Continúen siempre firmes en la fuente de todos los verdaderos contentamientos; pasen de las delicias de esta vida á las de la otra para contemplar el bien que poseen ya sin conocerle; y allí esten perpétuamente unidos á la divina voluntad, de la que no pudo separarlos nadie en la tierra (1).

S. XI. — Cómo debe ser imitada en particular por las vírgenes.

I. No ignoro que la Virgen es el sol brillante que despide los claros rayos de sus ejemplos admirables no solo sobre todas las iglesias, como vemos por el oficio divino, sino sobre todas sus partes; que es el bálsamo oloroso que se percibe donde quiera, y la vid lozana y fértil que con las ramas de su santa protección abarca todo el ámbito de la tierra y la regocija con la flor de sus excelentes virtudes. Pero me acuerdo también de la observación de S. Ildefonso: que las mujeres tienen especialísima obligación de imitarla, porque ella ensalzó indeciblemente su sexo y fué el honor de él. Esto me obliga á mostrarles en particular cómo han de expresar en sus costumbres los rasgos de perfección que les ha puesto delante.

(1) Véase la adición de la que va puesta al fin del tomo en madre María Jacoba de Blemur, la nota Q

II. El primer lugar corresponde á las vírgenes, de quienes dice S. Cipriano que son la flor del jardín de la iglesia, el ornamento y la gloria de la gracia espiritual, la muestra y la esperanza de la santidad, la obra acabada de distinción que nunca se empañó, ni echó á perder, el verdadero retrato de Dios sacado al vivo del castísimo cordero su hijo, la grosura del rebaño del Salvador, el gozo y contento de la iglesia, que es la madre común de todos los cristianos, cuya fecundidad aumenta á medida que pare vírgenes. Voy á ponerles delante con S. Ildefonso un espejo: cuanto mas á menudo se lleguen á él, mas semejantes y agradables á su esposo se harán. Este espejo será la madre del mismo esposo. Voy á presentarles con S. Ambrosio una imagen, cuyas pinceladas serán otros tantos prodigios de castidad y modelos de virtud. Voy á darles con S. Juan Crisóstomo una maestra, que será la guardadora fiel y la depositaria segura del tesoro que llevan. Será la abanderada de las vírgenes y la Virgen por excelencia cuya naturaleza y sustancia se separará tan pronto como se separe de ella el título honroso de Virgen; porque como dice S. Epifanio, ¿quién se ha atrevido jamás á nombrar á María sin añadir al punto la calidad de virgen? Así sepan todos que á la manera que Abraham mereció para siempre el nombre de amigo de Dios, y Jacob fué llamado Israel, es decir, el que ve á Dios, asimismo mientras haya criaturas María será apellidada siempre la Virgen á pesar del infierno, y nunca le será arrebatado este título.

III. A decir verdad tanto mérito habia en ella para ser digna madre de Dios como congruencia en que quedase siempre virgen. A la virginidad se debía, dice San Ambrosio, la prerogativa de parir la salud del mundo y la vida de todos; y como observa muy oportunamente S. Bernardo, si Dios habia de ser concebido, no podia serlo sino por una virgen, y si habia de parir una virgen,

era preciso que pariese un Dios. La que habia de dar al mundo el santo de los santos, era menester que fuese santa de alma y cuerpo: para este último efecto le servia la virginidad, así como la humildad para el primero. Ella estaba obligada por todo derecho, dice S. Anselmo, á asemejarse á Dios, de quien debia de ser madre, y unirse estrechísimamente por la pureza al que es la pureza misma. Por eso estimó tanto la conservacion de su virginidad, como opina sabiamente S. Gregorio Niseno, que se quedó parada en cuanto el ángel habló de concebir; y no sabemos qué hubiera resuelto no obstante ser tan honorífica la embajada, si no se le hubiese asegurado que nada tenia que temer por su integridad. ¿Qué documento mas insigne podía dejar á las vírgenes y de qué modo mejor podía enseñar á estimar la preciosa joya de la castidad sobre todos los bienes y promesas del mundo?

IV. Si se me pregunta en qué grado poseyó esa pureza, responderé que fué tan eminente, que S. Antonino de Florencia, siguiendo las huellas de Alberto Magno, no consiente compararla con la de las otras criaturas mortales, porque en estas la castidad se ve forzada á estar siempre con las armas en la mano para defenderse de los continuos asaltos de sus enemigos, donde muchas veces es ofendida y otras se ve á pique de ser herida mortalmente. Exceptúan aquellos dos doctores á los que por una merced especial han sido confirmados en gracia, como los apóstoles y algunos otros santos. Pero María estaba libre de todo peligro de ser ofendida, aunque fuese levemente, y hasta exenta de todos los asaltos que nos da la naturaleza corrompida, cuyos movimientos no causaron jamás ninguna alteracion en el alma, ni en el cuerpo de nuestra señora. No contentos con esto ensalzan su pureza sobre la de los ángeles, porque no solamente adornó el espíritu, sino el cuerpo de la Vir-

gen, y porque fué voluntaria y de consiguiente estuvo acompañada de grandísimo mérito; lo cual falta á los espíritus puros. Vasto campo tendria yo aquí para entretenerme en esta cuestion, si en otros lugares (1) no hubiera discurrido largamente acerca de la virginidad de María santísima (2).

V. Mas lo que principalmente tienen que notar las vírgenes para su enseñanza, es que no obstante que María santísima no ignoraba la custodia que Dios habia puesto en torno de la virginidad de ella, ni la especial proteccion de los ángeles y aun del rey de los ángeles, que la preservaba, puso suma diligencia en guardarla como si hubiese estado siempre en medio de los enemigos. Por eso decia S. Gregorio de Neocesarea (3) que nadie llevó nunca con mas precaucion una lámpara encendida, ni ninguna novia atendió mas á conservar el precioso vestido nupcial que la Virgen á mantener el lustre de su virginidad. A este fin le dió por escolta cuatro virtudes, de que es necesario que esten siempre acompañadas las vírgenes, si no quieren correr diversos peligros de perder su honestidad ó por lo menos de empañarla.

La primera compañía de la virginidad de María fué el amor al retiro.

VI. La primera fué el amor al retiro y la fuga de toda suerte de amistades y compañías no solo perniciosas, sino no necesarias. Esto ha dado motivo á algunos doctores para notar que la voz hebrea *Hahalmach* usada en el capítulo I de Isaias, donde se dice que concebirá una virgen, no significa simplemente una virgen, si-

(1) Trat. 4, c. 3, §. 4 y 5, madre M. J. de Blemur, que va cap. 5, §. 3; tratad. 2, c. 2, §. 3. en la nota R al fin del tomo.

(2) Véase la adición de la (3) Serm. 2 de Annuntiat.

no una virgen que se mantiene cerrada y oculta y guarda cuidadosamente la casa. En tales términos observó nuestra señora esto último, que nunca salió á la calle, como no lo exigiesen la caridad ó la necesidad, y aun entonces se volvía lo mas pronto posible á su amada soledad. Hablando S. Lucas en el capítulo I de su Evangelio del viaje que hizo la Virgen para visitar á su prima santa Isabel, no olvidó la circunstancia de que le hizo con toda diligencia y sin detenerse en el camino. Aun es mas importante lo que da á entender el mismo escritor sagrado, y es que habiendo habitado unos tres meses en casa de Zacarías se marchó á Nazareth antes que pariese Isabel, para evitar el encuentro no necesario de los parientes, amigos y vecinos, que no dudaba acudirían en cuanto tuviesen la primera noticia del nacimiento milagroso de S. Juan Bautista (1). «Si se la tiene por una andariega, dice S. Ambrosio (2), se incurre en un gran error, porque por lo comun no salía de casa sino cuando tenia que ir al templo, y entonces iba en compañía de sus padres. Siempre se la veía ocupada en su aposento, y siempre salía acompañada, aunque nadie velaba sobre ella mas cuidadosamente que ella misma.»

VII. No se me hable de esas andariegas que no pueden estarse en su casa y cuya devocion consiste en correr, como si tuvieran hormigas en los pies y azogue en la cabeza. Quanto mas corran, menos devocion encontrarán, y quiera Dios que no pierdan lo que nunca se conserva bien sino en el retiro. Aun cuando hiciesen milagros, con dificultad persuadirán á los santos padres que son muy castas: remito entre otros á Tertuliano, S. Cipriano, S. Gerónimo y S. Ambrosio, quienes en-

(1) Rupert., l. 1 in Cant.

(2) De virginib., l. 2.

señan á las madres el modo de gobernar y educar á sus hijas. Estos preclaros doctores dicen francamente que si ellas quieren salir á la calle con Dina para ver y ser vistas, para requebrar y ser requebradas, podrán correr la misma suerte que aquella desdichada moza, y que si el mundo tiene ciertas hablillas que no les son muy favorables, ellas dan motivo. Dicen que otras tan avisadas como ellas han incurrido en censura por sus conversaciones demasiado libres y frivolas; que nadie se pierde de un golpe; y que basta una chispa para encender una hoguera tal vez inextinguible. Dicen que nada conviene tanto al pudor como la soledad y que el retiro es la verdadera escuela de la honestidad. Dicen que el deseo solo de ponerse á la vista es contrario á la castidad; que solamente las miradas de los hombres y mucho mas la afición á agradarles, por virtuosos que sean y por buena intencion que se tenga, son como otras tantas estocadas dadas en el seno de la honestidad; y que con semejantes lances se acostumbra el rostro á no alterarse, ni sonrojarse. Dicen que el único medio de evitar tantas complacencias y tantas pláticas perjudiciales es estarse en su casa y que tan difícil es descubrir las huellas de los mozos delante de la casa de una doncella que les da con la puerta en los hocicos, como hallar vestigios del águila en el aire y el surco de la nave en el mar y de la serpiente en las quiebras y peñascos. Traen el ejemplo de Asella, noble y virtuosa doncella romana, que no tenia otro deleite, ni otra gloria en este mundo mas que el estar sola en su aposento, y se hallaba tan apartada del trato de los hombres, que le subian los colores al rostro cuando se encontraba con su hermana, aunque doncella y casta como ella. En fin dicen prodigios de las Ineses, Aguedas, Cecilias, Lucias y otras infinitas, á quienes nunca se vió en público sino para recibir la palma del martirio; y advierten que

si las doncellas prefieren seguir los ejemplos de las andariegas y disipadas mas bien que los de estas vírgenes modestas y recatadas, esperen confusion é ignominia y no estimacion, ni gloria.

La segunda compañera de la virginidad es la modestia.

VIII. Mientras lo piensan, les diré que la segunda virtud de que estuvo acompañada la castidad de la Virgen, fué la modestia y el pudor. S. Gregorio Nazianceno enseña que hay tal relacion del interior con el exterior, que si aquel es ordenado, por necesidad este ha de ser compuesto y se ha de advertir la modestia en los ojos, la moderacion en la lengua, la gravedad en el andar, la decencia y honestidad en todos los movimientos del cuerpo. En esto fué admirable la reina de los ángeles, segun refiere S. Epifanio, presbítero de Constantinopla. Siendo pequeña no fijaba la vista en nadie, y nunca hizo ninguna accion mala por leve que fuese. Asi es que su modestia pareció tan nueva al mundo, que todos los hombres de juicio la miraban como á una persona venida del cielo mas bien que nacida en la tierra y se veían obligados á confesar que no habian visto nunca una modestia tan singular, ni un rostro tan divino. Por eso la saluda S. Juan Damasceno en los siguientes términos (1): «Atraído por tu amor recurro á ti, oh Virgen sin par, dulce fruto de las entrañas de santa Ana; mas ¿cómo podré expresar con mi pluma tu gravedad en el andar y tu modestia en el vestir? ¿Qué palabras bastarán para pintar la hermosura y apacibilidad de tu rostro y la madurez de la edad perfecta que se advertia aun en tu niñez? En tus vestidos no se notó la delicade-

(1) Orat. 4 de nativ. Virg.

za, ni la pulcritud y mucho menos en tu porte y continente. Tu aspecto era grave y agradable juntamente. Los hombres no entraban á tu presencia; que lo diga sinó el temblor que se apoderó de ti cuando se te apareció el ángel.» Hasta aquí S. Juan Damasceno. A propósito de este temblor nótese por un lado la turbacion de Maria, que segun dicen muchos graves doctores, no procedía de ver á un ángel en su aposento, sino de verle en forma humana; lo cual era de todo punto extraordinario. Adviértase por otro lado con S. Pedro Damiano (1) cómo guardó el riguroso silencio acostumbrado no dando respuesta alguna al nuncio celestial, hasta que este le declaró en particular cómo habia de ejecutarse la empresa decretada por la santísima Trinidad.

IX. S. Ambrosio, gran maestro de las vírgenes, las envia á la escuela de la madre de Dios, para que aprendan el casto pudor y se acuerden de que una verdadera virgen debe de tener por sospechosas todas las palabras de los hombres y sonrojarse cuando encuentre á alguno (2). S. Bernardo les advierte (3) que el mejor lustre que pueden llevar, es un porte modestamente vergonzoso, que santa Inés llamaba el carmin extendido en sus mejillas. S. Agustin (4) aconseja que guarden con el mayor esmero la vista y no la claven jamás en ningun hombre. Y no hay que decirle que la verdadera castidad está en el corazon y que las que están resueltas á guardarla no necesitan de tantas minucias; porque el santo doctor les tapa la boca diciendo que si la vista anda vagueando libremente, nunca creará él que pueda residir la verdadera honestidad en el corazon. S. Gerónimo di-

(1) Serm. 4 de nativ. Virg.

(2) Lib. 2 in Lucam.

(3) Serm. in Signum magn.

(4) Epist. 169.

ce (1) que el trato de los mozos, las miradas, las señas, las sonrisas y otras monadas semejantes son los primeros accesos de su fiebre ardiente y los síntomas de la enfermedad que pone en peligro la castidad. En fin todos claman que por falta de gravedad y recato se han perdido las que se creían mas honestas, y que es tan resbaladizo el camino de la frivolidad, que en cuanto pongan el pie en él, tomarán el de su perdición (2).

La tercera compañera de la virginidad es la sobriedad.

X. La tercera compañera de la virginidad de Maria fué la sobriedad y la abstinencia, la cual era tan grande segun testimonio de S. Ambrosio (3), que apenas tomaba nuestra señora lo necesario para vivir. S. Juan Crisóstomo llama á su abstinencia excesiva y superior á todas las fuerzas de la naturaleza y dice que movió al rey de la gloria á elegir á Maria por madre de su hijo. S. Gerónimo asegura haber sido tan compasada, que un ángel le traía todos los dias una corta racion, para que no traspasase en nada los limites de la necesidad. No hay que pensar que ella obrase así para impedir los movimientos desordenados de la sensualidad, la cual estaba enteramente sujeta á su razon, sino por obedecer á esta, que enseña no se tome el alimento mas que para sustentar el cuerpo, dar alas al alma, como dice S. Juan Crisóstomo (4), á fin que pueda remontarse por la contemplacion, y hacerla superior á todos los halagos del cuerpo. ¿Por qué no se me ha de permitir añadir que aunque ella en particular no necesitaba refrenar la insolencia de la carne, que en todo y por todo seguia al

(1) In vita S. Hilarionis. en la nota S al fin del tomo.
 (2) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur, que va (3) De virginib., l. 2.
 (4) Hómil. 4 in Genes.

espíritu, no obstante debia de hacer comprender con su ejemplo á las vírgenes cuán necesaria les es esta virtud? En ellas propiamente han de venir la templanza y la sobriedad en auxilio de la castidad para debilitar á su enemigo doméstico y estorbar el refuerzo que se llega de fuera. Los antiguos entendian bien este punto, cuando llamaban al vino la leche de la diosa de la torpeza, desfigurando la expresion de nuestros libros santos, que dicen que es cosa lujuriosa (1). Oigamos á los santos padres. «Si se me cree capaz de aconsejar, dice S. Gerónimo (2), y si mi experiencia merece algun crédito, el primer consejo que doy y la primera súplica que hago, es que la esposa de Jesucristo huya del vino lo mismo que del veneno. Ese es el primer fuego que los demonios como verdaderos incendiarios acostumbran dejar en nuestro cuerpo para abrasar la juventud. La avaricia, la soberbia y la ambicion no hacen por lo comun tanto estrago, porque es mucho mas fácil precaverse y resguardarse de los otros vicios que de este, que es doméstico y nos acompaña á todas partes. El vino y la mocedad son como dos hogueras encendidas. ¿No es gracioso á la verdad que echemos aceite en la lumbre y alimentemos los vicios que inflaman nuestro cuerpo y arruinan nuestra alma?» S. Juan Crisóstomo sienta que nunca tendrá por una mujer cuerda y honesta á la que beba voluntariamente vino. Los demas dicen lo mismo poco mas ó menos, y me parece que basta esto para que comprendan las vírgenes la regla y la moderacion que han de guardar en su vida, si quieren conservar la agradable flor de su castidad y el buen olor que debe de difundir por todas partes.

(1) Proverb., XX.

(2) Epist. 22 ad Eustoch.

La cuarta compañera de la virginidad es la ocupacion.

XI. La cuarta compañera de la integridad de la Virgen fué la continua ocupacion, porque sabia muy bien que el vicio engorda en la ociosidad y que por falta de ejercicio los fuertes se hicieron débiles y los sábios perdieron su sabiduría (1). Así se ve en Sanson y Salomon, que habiéndose mantenido firmes mientras estuvieron ocupados, se perdieron en cuanto se entregaron á la ociosidad. Quiero copiar aquí en favor de las vírgenes lo que han escrito los santos padres acerca de la ocupacion interior y exterior de la madre de Dios, para darles la idea cabal de un dia espiritual. S. Buenaventura reunió estas particularidades ya de las memorias de S. Gerónimo, ya de las revelaciones hechas por la misma Virgen á santa Isabel de Hungría. Dice pues (2) que nuestra señora se levantaba ordinariamente á media noche, y postrándose ante el sitio donde habia descansado antiguamente el arca de la alianza, pasaba un buen rato en oracion dando gracias, bendicion y alabanza á Dios, practicando actos de fé, esperanza, caridad y religion y pidiéndole siete cosas. La primera era la gracia de amarle con todo su corazon y todas sus fuerzas: la segunda la de amar al prójimo tanto como Dios manda y todo lo que desea que amemos por amor de él: la tercera la virtud de aborrecer todo lo que le desagrada: la cuarta la humildad, la paciencia, la mansedumbre y las otras virtudes que debian de hacerla amable al esposo de su corazon: la quinta la dicha y la honra de ver con sus ojos, oír con sus oídos y servir con sus manos á la que debia de tener la suerte de ser madre de su criador, segun

(1) Aug., Sermo 46 ad fratres in eremo. (2) Medit. vite Christi, c. 3.

habia aprendido en los libros sagrados: la sexta el auxilio necesario para cumplir puntualmente todas las disposiciones de sus superiores. En la última encomendaba á Dios el santuario que habia elegido, los ministros del templo y generalmente su pueblo escogido, para que los conservase á todos y los hiciese crecer en su santo servicio. Despues tomaba algun descanso y hácia la madrugada volvia á la oracion, en la que perseveraba hasta las nueve de la mañana. Desde esta hora hasta la de mediodia se ocupaba en algun trabajo manual, segun le estaba mandado, especialmente en labrar telas de seda ó lana para el servicio del templo; lo cual sabia perfectamente. Despues de mediodia continuaba los ejercicios espirituales de leccion y oracion hasta que el ángel le traia á la caída de la tarde su corta refaccion. La tomaba, y bendecia y adoraba á Dios: algunos santos dicen que conversaba un rato con los espíritus bienaventurados que venian á verla. Acto continuo dormia un poco; mas este sueño no interrumpia sus dulces y afectuosos coloquios con Dios, segun he dicho en otro lugar conforme á la autoridad de ciertos doctores. Hasta aquí llega la relacion de S. Buenaventura, con la que concuerda grandemente lo que escriben S. Gregorio Niseno (1), San Gerónimo (2), Sofronio (3), Andres Cretense (4), San Juan Damasceno (5), S. German de Constantinopla (6), Epifanio, presbítero de la misma iglesia (7), Jorge de Nicomedia (8), Cedreno (9), Nicéforo (10), Pedro Damiano (11) y otros varios. ¡Oh tiempo acertadamente

(1) Orat. de nativ. Domini. (8) Orat. de Deip. oblatione.
 (2) Hist. Deiparæ. (9) Compend. historiæ.
 (3) Epist. de Assumpt. (10) Hist., l. 4, c. 7.
 (4) Orat. de Assumpt. (11) Serm. de nativ. Mariæ:
 (5) Lib. 4 Fidei orthod. Christoph. á Castro, Hist. Deiparæ, c. 3.
 (6) Encom. Deip. (7) Vita Virg.

ocupado! ¡Oh vida mas propia de un ángel que de una criatura mortal! ¡Oh dias verdaderamente llenos, como los desearon los santos y antes que ellos el profeta David! ¡O serie de obras todas dignas de ser presentadas á la majestad de Dios! ¡Oh coloquios que sobrepujan la condicion de las personas sujetas á las necesidades de un cuerpo corruptible y mortal! Bien sé que las otras vírgenes no llegarán nunca á ella; mas no por eso están dispensadas de seguir en pos de las doncellas que acompañan á la esposa. Esta corre, vuela, traspasa los montes y salta los valles corriendo tras su amado: ellas acuérdense de que aprovecharán tanto mas en la virtud, cuanto sigan mas inmediatamente á su reina y su guia (1).

§. XII.—Como debe ser imitada por las casadas y las viudas.

I. Las casadas hallarán tambien grandes virtudes que imitar en la que Dios escogió para que sirviera de ejemplo generalmente á todas las mujeres, cualquiera que fuese su condicion, en la que S. Gregorio de Neocesarea llama la gloria de las vírgenes y el regocijo de las casadas (2). El principe de los apóstoles será mi guia en su epístola primera, donde va recopilando las calidades que se requieren en las mujeres cristianas.

La primera calidad es el respeto á sus maridos.

II. La primera es el respeto que deben á sus maridos, acompañado de una obediencia sincera y proveniente de un amor cordial. Por eso las mas esclarecidas se han distinguido comunmente mas aprovechando para

(1) Véase la adición de la madre M. Jacoba de Blemur, que va en la nota T al fin del tomo. (2) Serm. 4 de Assumpt.

la virtud la nobleza de su origen. La casta Sara, dice el santo apóstol, no llamaba á Abraham mas que su señor; y él en reconocimiento y por muestra de cariño le mudó el nombre de Jesca, que ella tenia antes, en el de Sarai, el cual significa señora, segun observan algunos doctos intérpretes. Lo mismo hicieron santa Natalia y santa Mónica con sus maridos S. Adrian y Patricio. S. Gerónimo lo aconseja á todas las otras mujeres en la persona de Celantia diciéndole que debe ser la primera á honrar á su marido y dar ejemplo de respeto á sus criados; que por su humildad y continuos servicios ha de presentarle digno de ser honrado de todos; y que debe poner toda su grandeza en condescender con él y ceder en cuanto pueda. Con efecto siendo el hombre segun san Pablo la cabeza de la mujer, el mayor honor que esta puede recibir, es tener una cabeza que á imitacion suya juzguen todos digna de ser honrada. En esto no tuvo semejante la virgen María, porque como S. José le habia sido dado inmediatamente por el cielo, ella le miraba no solo como á su señor á ejemplo de Sara, sino como á Dios mismo, á quien obedecia en la persona de él. Consideraba que en calidad de esposo y guardador de su virginidad merecia doble honor, y ella se le tributaba con un esmero extraordinario. Fué tanto el respeto que le tuvo, que aunque le vió acongojado con motivo de su preñez, no se atrevió á decir una sola palabra para quitarle los temores que le atormentaban, y fué menester que el ángel tranquilizase al santo patriarca.

La segunda calidad es la casta fidelidad.

III. La segunda calidad que S. Pedro apetece en las mujeres cristianas, es la casta fidelidad, que ha de manifestarse en sus miradas, en sus palabras, en sus obras y en todo su porte; porque aunque la castidad conyu-